

Una visión psicodinámica de la relación matrimonio-adulterio

Mario Souza y Machorro, Facultad de Medicina, UNAM

“...y ni siquiera sabe el hombre si es objeto de amor o de odio. Todo está encubierto ante él”.

Eclesiastés (9,1)

En los 50's, según Kinsey, el 50% de los hombres y el 25% de las mujeres casadas de E.U. tuvieron aventuras extraconyugales. En los 70's, un muestreo más amplio reportó 60% de varones y 40% de mujeres actualmente de 106,000 mujeres encuestadas, el 69% declaró haber tenido al menos una aventura extramarital. El adulterio aparece ahora en distintas etapas del matrimonio más como una regla que como una excepción, dando salida a las distintas emociones de la vida profunda como la posesividad, el odio, la amenaza y el chantaje que retan a la autonomía, la dependencia, el deseo de aventura y la seguridad conyugal, emociones que aún ignoradas por nosotros subyacen a las negociaciones maritales, como reflejo de conflictos infantiles.

La aventura extramatrimonial prevalece desde la historia de la humanidad bajo todo punto de vista, en prosa, relato y canción; en textos periodísticos y novelescos, no así científicos. La ruptura de la exclusividad sexual, piedra angular de los límites psicosociales y sociolegales, da al matrimonio su carácter particular y define las variaciones entre las diversas sociedades y tipos de parejas. Al adulterio se le considera la más grave tragedia, toda vez que el otro cónyuge se entera, pues aparecen con el

engaño dos posibilidades: decirlo o callarlo con todo lo que entraña. Sin embargo, es opinión de algunos, que el adulterio no tiene porqué ser conflictivo mientras él cónyuge lo ignore, pues la relación del infiel puede no alterarse si el engaño no se confirma y a no ser que trasluzca el malestar de la culpa por la experiencia y ésta se haga explícita, la situación podría “manejarse” y quizá nunca llegar a afectar la funcionalidad de la pareja, aunque para ello habría que mentir o por lo menos callar la verdad, lo que cuestiona la calidad de tales uniones. Por otro lado, existen personas que viven un amasiato conocido por la pareja, quien al permitirlo o colaborar es de suponerse que recibe alguna ganancia. Así, pues, el “affair” puede darse sin engaño, pues su conocimiento permite, o no, la aprobación y en otros casos hasta la complicidad.

En el matrimonio, condición que incluye bajo obligaciones y derechos lazos afectivos y actividades erótico-sexuales, el adulterio rara vez puede tratarse al desnudo. Obsérvense las consecuencias comunes en torno a él, como los crímenes pasionales, venganzas y divorcios, amén de otros más drásticos como los delitos pasionales de los homosexuales.

La reflexión respecto a la infidelidad nos hace preguntar por qué, cómo y cuándo algunas personas logran balancear las tendencias entre riesgo-seguridad, integridad-fusión, dependencia-independencia y cercanía-distancia. ¿Cuándo son reemplazados los antiguos amores por

otros nuevos? ¿Tienen éstos el mismo significado y valor? ¿Cómo se alcanza la congruencia en la respuesta emocional hacia las personas que queremos? ¿Qué explica la disminución de la intensidad eróticosexual en la relación amorosa? ¿De dónde, cuándo y porqué aparecen los celos? Las respuestas a tales preguntas no son fáciles de obtener e incluso es muy factible su amplia variación individual a pesar de tener un denominador cultural común. Consecuentemente, la sociedad precisa de estudios profundos sobre la psicología del “affair” para conocer su fuente, modificar su desarrollo y sobre todo prevenir sus alcances.

El psicoanálisis ha dado poca atención a la psicodinámica de la aventura amorosa, que ha sido considerada sólo en función de la historia del sujeto y calificada de conducta aberrante equivalente a neurosis; ubicándola en el contexto promiscuo de la inmadurez de las relaciones de objeto. Pero, lo que más sorprende del “affair” es que muy poco se discute actualmente en áreas especializadas de terapia marital, dinámica familiar o en otras clínico-terapéuticas afines. Los psicoanalistas al enfocar la neurosis y el desarrollo inmaduro de la personalidad no desglosan de manera amplia, tal como se requiere para fines académicos, la relación extraconyugal como una problemática derivada del matrimonio que incluya sus antecedentes y expectativas individuales conscientes e inconscientes.

Si la novedad de la aventura agrega intensidad a la experiencia es porque se vive de acuerdo a fantasías y deseos ligados a prohibiciones sociales. Pero la experiencia puede ser sólo de carácter sexual, ya que en una aventura convencional se persigue, además de la variedad en la calidad sexual, mayor intensidad emotiva, donde el secreto es generalmente circunstancia obligada y centro de la condición. Se busca además desarrollar una atracción particular hacia una persona distinta del cónyuge, persona a la cual se le observan rasgos idealizados y no se le perciben atributos negativos de momento, o simplemente, se desea un vínculo transitorio “sólo por amor”. La pregunta clave es si tales tendencias que llevan a conductas prohibidas son sólo consecuencia de alteraciones del desarrollo; son debidas a matrimonios insatisfactorios o pueden realizarse en personas sanas por otros motivos como el deseo de variar.

Cuando Freud se refirió al adulterio: “ayuntamiento carnal de hombre con mujer siendo uno de los dos o ambos casados”, señaló una necesidad *sui generis*. En 1908 propuso que la neurosis resulta de conflictos entre el ego y las proscipciones sociosexuales que exceptúan a

los casados. Ante tales necesidades, los individuos de naturaleza “fuerte” se oponen sin conflicto a las demandas sociales, no así los débiles a quienes la confrontación los llena de culpa, ya por la transgresión o sólo por la fantasía de lograrla, siendo así “luchadores derrotados sin batalla”. Tras de 25 años, Freud retomó el tema del ahora cuestionado “indisoluble” contrato entre el hombre y la mujer y se refirió diferente a la naturaleza fuerte señalando en la aventura una compensación de la seguridad. En el lapso de ambos puntos de vista escribió acerca de la relación entre los impulsos sexuales de corta duración y los lazos de afección duraderos, mas nunca se refirió específicamente, ni otros autores tampoco, a la sexualidad extramarital por estarles negada como a los solteros. Pero recuérdese que cuando estos preceptos se aceptaron, ninguna mujer podía, como hoy, tener control voluntario de su fertilidad, pues peligraba la estabilidad familiar ante la amenaza constante del embarazo que acechaba a cada relación coital. Es hasta que aparece la píldora cuando se acepta de la sexualidad el objetivo del placer, no sólo de la reproducción, y hasta la aparición de los escritos sobre la importancia de la función orgásmica cuando se modificaron los criterios moralistas de la sexualidad para enfocarla biopsicosocialmente. Jung sugirió que cuando los casados se tornan conscientes de la naturaleza compleja de la estructura conyugal, buscan experimentar las opciones disponibles, lo que implica encontrarse a sí mismos sin confinarse a la limitación marital, por el hecho de tener cónyuge y a ubicarse fuera del matrimonio (convencional), pero permaneciendo en él sin sus inconveniencias, situación que no debe interrumpir el desarrollo de la búsqueda de uno mismo, independientemente de violentar los valores sociales que, en última instancia, son restricciones que, según estadísticas, sólo detienen por alguna razón a los menos.

Reich se mostró contra la restricción convencional del matrimonio y describió las “bases de la miseria conyugal” apuntando el conflicto que deriva de la dependencia económico-social de la mujer hacia el hombre y las demandas morales establecidas. Refirió las dificultades para la permanencia en la relación marital y su punto de vista de la sexualidad, e indicó la conveniencia de que la satisfacción, la intensidad y la responsabilidad marital sean siempre de ambos participantes. Horney agregó, al ya grave problema del ideal monogámico de la sociedad, su consideración de las fuerzas maritales centrífugas y centrípetas originadas en el conflicto edípico. Si el matrimonio ingresara a una tendencia negativa de deseos inconscientes, su vorágine destructora predispondría a su fragmentación, al identifi-

car las tendencias inconscientes en el cónyuge con el padre antaño deseado y sobre el cual se renuncia a dirigirle intereses sexuales. El deseo de aventura revive, pues, las inhibiciones incestuosas infantiles y, al actualizarse, produce el conflicto.

El matrimonio es la relación que involucra a dos sujetos de igual condición que dan y reciben estímulos iguales, individuos diferenciados, funcionalmente dependientes uno de otro, cuyo vínculo requiere de compatibilidad y ausencia de exhibicionismo que se evidencian en la estabilidad y la productividad social, al mantener encendida la llama sexual que es prueba del amor maduro y cuyos requisitos son: la capacidad de experimentar una visión dual complementaria y la incapacidad para la desilusión.

Toda relación amorosa incluye deseos de lograr seguridad, intensidad, correspondencia y mutualidad diádica, llámese conyugal o no. Pero, si el incremento de la familiaridad conyugal promueve la disolución por reducir la excitación sexual vía desgaste, algunos casos podrían, quizá, ser aliviados transitoriamente con la participación de un nuevo compañero eróticosexual.

Las observaciones a la simetría estática del matrimonio y a la inestabilidad del triángulo adúltero nos sirven para desarrollar un enfoque más completo del fenómeno. Hoy conocemos mejor las fronteras psicológicas de la relación, la intensidad de los atractivos extraconyugales, que promueven los deseos y generan descontrol; y el poder persuasivo y sugestivo de la relación prohibida, que torna débil al matrimonio o bien lo fortalece. La historia de la humanidad es una historia de escritos filosóficos dirigidos en favor de la no debilitación de los lazos maritales. Quienes buscan simultáneamente relaciones afectivas con distintas personas, en realidad, no las logran con ninguna, pues orientan su interés a la obtención de placer y suelen no nutrir su vínculo de otros aspectos, por tanto tales lazos se debilitan y tarde o temprano, como es común, desaparecen. Por ello, la aventura es autolimitada, intensa quizá, pero efímera.

De la literatura científica se conoce la descripción de los caracteres narcicistas, cuyas habilidades para la relación interpersonal y la capacidad para ser uno mismo están tan afectadas que la intimidad emocional se compromete desde su inicio. Tal debilidad caracterológica los hace frágiles en su autoestima, asumiéndose débiles frente a los demás y ante sí mismos. Los factores que afectan la estabilidad conyugal de los sujetos narcicistas son el que la pareja sea tratada como apéndice del carácter del individuo enfermo, por su incapacidad de asumir y compartir las necesidades del otro y la alta susceptibilidad para la

desilusión y el desencanto cuando la pareja "no aporta la satisfacción necesaria", lo que facilita el "affair" en respuesta a malestar. El narcicista buscará en factores externos, sin buscar en su interior, las causas del fracaso emocional, "enfocando a inmersión" en su "affair" la "solución de sus problemas" y responsabilizando de sus fallas a los demás. Si se trata de una persona de mediana edad es posible que busque en la aventura la corrobora-ción de su atractivo sexual o, al sentirse socialmente presionada, se precipite a mantener un status, usando y/o dejándose usar para diferentes fines generalmente carentes de dignidad, afecto e intimidad genuinas. El carácter instrumental de tales vínculos no suele ser percibido por los participantes, quienes no lo evitan en tanto lo ignoran. Otro tipo determinante de adulterio es el que resulta de rasgos de personalidad mal integrados que impiden la consolidación del sentimiento de seguridad. Estos son sujetos inhibidos y fríos, debido a sus conflictos y a la ansiedad, depresión o culpa que despliegan. Pero la aventura puede originarse también de rasgos disociativos de la personalidad al tratar de compensar carencias infantiles afectivas en la búsqueda de su reafirmación o bien al dirigirse a problemáticas adolescentes irresueltas, que se definen conforme avanza el matrimonio. Puede ser debida además a rutinas conyugales estereotipadas que deterioran la capacidad erótica y el placer sexual por aburrimiento. Otras veces la búsqueda de nuevas situaciones sexuales con celos producto de fantasías, supuestos indicios e imaginación de rivales inexistentes, se presentan en personas que intentan escapar con fantasías de su relación marital y contradictoriamente desean permanecer en su seno, estableciendo la ambivalencia de ser y no ser en una sola jugada. La indulgencia a la relación extra-conyugal suele relacionarse con la irresolución del conflicto separación-individuación que idealmente ha de resolverse para el final de la adolescencia.

Las relaciones ilegítimas se comprenden mejor como respuestas inadecuadas del individuo al matrimonio, que se suscitan como contradicción en su curso y desarrollo, pero muchas de ellas no se consolidan a pesar de que la fantasía esté identificada y permanezca clara en la mente del sujeto. Un número importante de adultos-adolescentes se significan en el intento de salirse de un matrimonio "insatisfactorio" cuando sólo buscan la justificación que les sirva de coartada. Nótese en ello el deseo de compensar cualidades subestimadas a través de una relación que debiera dirigirse a un nuevo matrimonio que, por cierto, en muy pocos casos sucede. Puede verse también como un intento de revitalización o remodelación del matri-

monio; como una manifestación de venganza por lesiones sufridas otrora o diversas motivaciones de igual orden. En tales casos, el adúltero utiliza a su cónyuge para ajustar a la pareja en un papel distinto que supla la comunicación existente y establezca nuevas jerarquías patológicas al actuar su desencanto en vez de verbalizarlo. Siendo así, se puede hablar de inmadurez de la personalidad en el infiel y de disfunción marital. Pero existe un contraste entre los que llevan “la fiesta en paz” por tener un matrimonio letárgico y pasivo, los que se esfuerzan por hacerlo dinámico e interesante y los que no quisieran la responsabilidad de que se les reclamara una conducta displicente, porque su inseguridad les hace temblar ante la sola posibilidad de los alcances, cualquiera que éstos sean, independientemente de que la aventura se lleve a cabo. El análisis de este tópico aun en fantasía moviliza sentimientos de culpa, da vergüenza y produce ansiedad, pero también despierta deseos, cuestiona el placer y motiva esencialmente. Nótese como el temor a la venganza es capaz de inhibir la aventura por vía de mecanismo enfermizo en tanto “no me gustaría que me hicieras lo que yo te hiciera, como si la mejor forma de garantizarme que no lo harás es que yo no lo haga, luego el motivo de no hacerlo no eres tú sino yo, en cuyo caso intento evitar el daño mío mas no el tuyo”.

El matrimonio se diseñó utópicamente para siempre y los más duraderos se aceptan como mejores. Lamentablemente ello no siempre es cierto, pues la longevidad marital habla de compromisos duraderos, pero no necesariamente de felicidad, mejor acoplamiento, alta funcionalidad, respeto o amor. Si bien tales valores no se excluyen porque la relación se prolongue. Cuando se da una aventura, ésta suele descubrir la existencia de una notable falta de preparación para el buen funcionamiento de pareja, la monotonía de las relaciones y la falta de renovación de los intereses mutuos, pues la sociedad no ha sabido educar explícitamente y sin prejuicios respecto de cómo iniciar, mantener y, cuando se requiere, cómo terminar adecuadamente la relación amorosa. Ahora, tanto el amor como vínculo, como su manifestación pragmática en la actividad sexual, disminuyen conforme avanza el tiempo, a causa de un desgaste natural de las expectativas fantaseosas de quienes interpretan a pie juntillas, la información social respecto del amar, que es falsa tanto por exceso de prejuicios como por el desconocimiento del tema y su enfoque empírico no generalizable. Tal información social deseduca o contraeduca, ya que exige a los participantes una llama inextinguible que sin mantenimiento alguno, dure por siempre y se concreta así a dar

recomendaciones mágicas basadas en un cúmulo de aparentes buenas intenciones que hacen que la mayor parte de las parejas desarrollen relaciones estereotipadas, tal como aparecen en los temas musicales, televisivos o filmicos, mismas que en breve inhibirán los aspectos psicológicos sanos de su personalidad. Asimismo, el mito social de la importancia de la cantidad de la pasión desvirtúa los aspectos cualitativos de la liga amorosa. En ambas situaciones el mundo hollywoodense de cartón, las telenovelas y los argumentos míticomágicos de los medios de comunicación son responsables de la alteración educacional que propina graves daños a la comunidad y que más tarde requieren de ayuda profesional especializada.

La relación marital contiene en sí misma una tendencia que empuja a las tensiones diarias por el incremento de la familiaridad ya mencionada, las frustraciones, los males-tares inevitables y el roce diario que al ser parte de la vida lo son de la relación, y que a los ojos de algunos podrían ser “compensados” con una aventura, de ahí que el deseo se reinstale fácilmente y la “inmunidad” a los temores requiere de nuevo suministro, dándose un juego de fuerzas de eliminación-reafirmación del deseo. Así, la apatencia de una novedad sexual y de las fantasías por una relación distinta casi nunca desaparecen en la vida de los matrimonios, lo que no equivale a decir que las personas no sientan deseos por no mencionarlo, pues reprimir o callar el deseo no es rechazar ni alejar su posibilidad.

La búsqueda de romanticismo puede ser también causa inconsciente de adulterio, pero el amor romántico, dada su naturaleza, es incompatible con el matrimonio en tanto que tiende a ver indirecta y fantaseosamente los obstáculos naturales, mientras que el matrimonio los asume con realismo. La capacidad para el amor maduro parte de una realidad objetiva que acepta y no intenta suplir la cotidianeidad. Así, si el matrimonio se prolongara, los participantes no volverían a sentirse enamorados como cuando fueron jóvenes y esta sola idea puede contraponer el deseo de un matrimonio largo. Otro factor situacional de los matrimonios longevos es la búsqueda de una experiencia alternativa íntima por razones positivas (de varianza) dado el grado de complejidad de la relación marital que muchas veces no puede mejorarse a manos de los participantes. Recuérdese que no todos disponemos de la misma habilidad frente al placer, el dolor o la soledad, como lo pretende diseminar la educación social, de ahí que para controlar la situación se busque estereotipar la relación, condición con la cual se alcanza más fácilmente una larga duración, la que per-

mite establecer, entre otros, patrones paterno-filiales que, sin advertencia para los participantes, promueven pérdida de la autonomía y afectación de la relación. Pero, por otro lado, el que decline la intensidad de la relación amorosa en un contexto maduro es muy comprensible e incluso aceptable, lo que no necesariamente se ha de buscar canalizar a través de relaciones ilegítimas y menos aún si éstas derivan de conflictos psicológicos o de pro-

blemas maritales que impiden una dinámica sana, pues se provocarían más problemas de los que se intentan solucionar. De cualquier forma, hoy por hoy es muy difícil afirmar si el adulterio es un asunto de permiso-coartada o transgresión-sublimación. Sigue siendo conflictivo para cualquier decidir con acierto en cuál de las alternativas está la mejor opción al planteamiento del adulterio. "To do or not do, that is the question".